

VAN BREDAM, ORLANDO

ADOLESCENCIA

La soledad de entonces me envolvía
como una lluvia espesa, desbocada,
como una sala llena de papeles,
como una sábana.
Yo amaba esa soledad de espejo roto,
de nadie visitado,
de laberintos mágicos, de sombras.
Me recluía en lecturas y dibujos.
Yo dibujaba la lluvia que caía ensordecedoramente
y la tristeza.
Mi realidad crecía hacia adentro
como un caballo terco, empecinado.
Mi realidad empezaba tras los ojos y
bajaba
como un golpe de alas cerrándose,
como una muerte de pájaros oscuros,
hacia el alma sola como un rezo
hacia la soledad desnuda
como un naufrago,
hacia la íntima voz, ya desflorada,
por la horca grave de la angustia.
Y entraba en esos días de tormenta,
en ese crujido
de hueso y vidrios rotos,
en ese depresivo cuestionario existencial,
en su paloma asesinada,
y andaba cabizbajo,
homenajeando
la soledad dolida del que piensa,
la amada incompreensión del confundido,
la gastada bandera del que calla.

ARTE POÉTICA

a Guillermo Elordi

Aceptémoslo:

la poesía es una larga conversación
nunca interrumpida
entre un hombre y una mujer y el infinito
como si dos muertos vecinos
se sentaran sobre sus tumbas
a intercambiar ideas
sobre el color de los cipreses o las araucarias
y sus ramas tentaculares.

Aceptémoslo:

la poesía es el momento de las trepidaciones,
de los estridentes colapsos amorosos
en los que rodamos como piedras
hasta el borde del precipicio.

Poesía es la noche interminable de las estrellas,
la hoja que perdió su árbol
y los árboles que crecen
sólo con nuestro pensamiento
y los gatos que asustan
a los espejos desprevenidos
y la luna que se enjuaga en el balde
y las cigarras que planifican
el fin de la siesta
y las distintas capas
de una realidad inapresable
debajo de las cuales
se ocultan aquellos que hemos sido
y que ahora negamos tenazmente.

Poesía no es sólo el entendimiento de los cuerpos
que cultivan la eternidad,
si no también
el rechazo feroz con que aceptamos
nuestra vida.

JÓVENES QUE EMIGRAN

Y se llevan lo mejor y lo peor de nosotros:
la música silenciosa y cálida del mate viajando entre las manos,
una esquina hecha de suspiros, la red de un arco de domingo,
pero también, claro, nuestras más incoloras esperanzas, nuestro
pobre sentido de la patria.

Emigran y cuando lo hacen
nos emigran también en sus recuerdos,
somos los humillados del sur preparados para humillar a otros
más humillados.
Entonces uno saca la silla a la vereda y el mate lo vuelve
melancólico,
son esas horas del atardecer en que nada muere del todo
pero tampoco nada nace,
esos instantes en que las fotos caen de las manos
porque ya no hay alegría posible
ante tantos rostros muertos saludándonos en colores
desde una nación de emigrantes.

Todo emigra, amor, todo emigra, amigos, todo emigra.
Dos grados bajo cero dice la radio y no se equivoca,
siempre estamos debajo de los ceros, arrinconados en una pesadilla.
No hay heroicidad para estos trapos.
Sólo una desconsolada forma de ángel nos saluda, a veces,
tristemente.
Emigran jóvenes y emigran con ellos las sábanas desordenadas
y un rock que suena de pronto y atormenta
nuestras más secretas cavilaciones.

Nada colma tanto como este vacío en el que no contamos,
en que sólo somos
esa indecisa forma que se debate
entre la rutina y la gloria.
A veces sólo cuenta la gloria de un poema que no llegamos a escribir
y que tampoco nos animamos a decir en voz alta
porque la poesía es siempre un acto de locura encubierta.
Emigran los jóvenes y emigran con ellos
Nuestras últimas ilusiones de eternidad posible.